

La guerra fría y sus secuelas

Zbigniew Brzezinski

Karl von Clausewitz definía la guerra como la continuación de la política por otros medios. Por extensión, se puede definir la guerra fría como una guerra por otros medios (no mortíferos). Sin embargo, guerra era. Y lo que estaba en juego, monumental. En lo geopolítico, la lucha, en primer término, era por el control del continente eurasiático y, en definitiva, por la preponderancia mundial. Cada lado comprendía que el éxito en la expulsión de uno de ellos de los bordes occidental y oriental de Eurasia o la contención efectiva del otro determinarían finalmente el resultado geoestratégico de la competición.

Alimentando también el conflicto, existían conceptos agudamente contrapuestos y de origen ideológico sobre la organización social e incluso sobre el propio ser humano. No sólo se hallaba en cuestión la geopolítica, sino la filosofía –en el más profundo sentido de autodefinición de la humanidad–.

Después de unos cuarenta y cinco años de pugna política, incluidas algunas escaramuzas militares secundarias, llegó definitivamente a su fin la guerra fría. Y, dada su designación como una forma de guerra, es adecuado comenzar con una apreciación deliberadamente expresada en terminología derivada de los resultados habituales de las guerras, es decir, en términos de victoria y derrota, capitulación y acuerdos posbélicos. La guerra fría concluyó con la victoria de un lado y la derrota del otro. No se puede negar esta realidad, a pesar de la comprensible susceptibilidad que tal conclusión provoca entre los de corazón compasivo en Occidente y algunos de los antiguos dirigentes del lado derrotado.

Una sencilla prueba refuerza esta afirmación. Supongamos que en alguna fase de la guerra fría –digamos que hace diez años o incluso antes– preguntáramos: “¿Cuál sería una definición razonable pero explícita de la victoria occidental o norteamericana? O, alternativamente,

Zbigniew Brzezinski fue consejero de seguridad nacional del presidente Cáster, en 1977-1981. Ahora es consejero del Centro de Estudios Estratégicos e Internacionales y profesor de política exterior americana en la Universidad John Hopkins, EE.UU.

¿cómo sería una victoria comunista o soviética? Las respuestas son reveladoras, porque indican que el resultado final fue incluso más desigual de lo que la mayoría se atrevía a esperar.

Hasta 1956 algunos habrían definido en Occidente la victoria como la liberación de Europa central de la dominación soviética. La pasividad occidental durante el levantamiento húngaro indicó, sin embargo, que el respaldo occidental y especialmente el norteamericano a la política de liberación era en gran parte retórico. Después de lo cual, la mayoría de los occidentales serios habrían definido la victoria como una combinación de las siguientes disposiciones: reunificación alemana por mutuo acuerdo, con la neutralización, por lo menos, de la antigua Alemania oriental y con muchos occidentales (especialmente en la propia Alemania) deseosos incluso de aceptar la neutralidad de este país a cambio de la unidad; un tratado mutuo OTAN-Pacto de Varsovia que estipulara importantes reducciones de tropas en ambos lados, pero también la retención de algunos vínculos político-militares entre Moscú y los Estados europeos centrales; auténtica liberación de los regímenes impuestos por los soviéticos, pero quedándose realmente satisfechos muchos occidentales liberales si se establecían versiones tipo Kadar; un amplio acuerdo de reducción de armas estratégicas y convencionales; y el cese de la hostilidad ideológica.

En pocas palabras, la victoria se habría definido en gran medida como una acomodación en algunos aspectos conforme con la interpretación occidental de los acuerdos de Yalta: aceptación *de facto* de una esfera de influencia soviética, en cierto modo benévola, sobre Europa central a cambio de la aceptación soviética de los vínculos de Estados Unidos con Europa occidental (y también con Japón y Corea del Sur). Desde luego, una minoría occidental más militante habría considerado todo esto inadecuado, mientras que los progresistas liberales se inclinaban en general a aceptar el *statu quo* como la base para poner fin a la guerra fría.

Es algo más difícil de trazar una definición soviética de victoria, dadas las aspiraciones universalistas de la ideología comunista y las dimensiones más limitadas de la potencia soviética real. Además, se puede diferenciar también en el caso soviético entre radicales y conservadores. Los primeros propugnaban la enérgica prosecución de la revolución mundial, explotando lo que consideraban una crisis general posbélica del capitalismo. Otros advertían que la precaución ordenaba que primero se consolidasen las ganancias soviéticas de la posguerra. También se pueden deducir, hasta cierto punto, los supuestos geoestratégicos fundamentales de los dirigentes soviéticos a partir de los

intercambios confidenciales soviético-nazis, al máximo nivel, a fines de 1940 en lo que respecta a la división de los despojos tras la guerra en el caso, entonces previsto, de una victoria alemana. Hitler y Stalin acordaron que se excluiría a Estados Unidos de cualquier clase de papel en Eurasia, y ese parece haber sido el objetivo soviético persistente durante la guerra fría.

Así, pues, parece razonable deducir que la definición válida de una victoria estratégica soviética en la guerra fría habría supuesto la neutralización sumisa de Europa occidental (mediante el desmantelamiento de la OTAN) y de Japón, y la retirada de la presencia política y militar de Estados Unidos al otro lado de los océanos. Además, tras la adopción del programa de 1962 del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS), se definía también la victoria como el logro de la supremacía económica mundial del comunismo sobre el capitalismo, que se decía inevitable para 1980. Mientras tanto, luchas de “liberación nacional” antioccidentales aislarían “el campo imperialista”, y el resto sólo sería una operación de limpieza mundial.

Es un ejercicio útil comparar estas dos nociones alternativas de victoria. No sólo no se produjo la victoria soviética (más adelante se considera si se podría haber logrado alguna vez), pero la previsión occidental más probable de victoria ha quedado superada en un grado realmente vertiginoso. Alemania está reunificada y dentro de la OTAN en su totalidad, al tiempo que las fuerzas soviéticas habrán de retirarse completamente para 1994; el Pacto de Varsovia ha sido abolido, y las tropas soviéticas han sido desalojadas de Hungría y Checoslovaquia y se hallan en proceso de marcha final de Polonia; los regímenes impuestos por los soviéticos de Europa central no sólo han sido derrocados, sino que Polonia, Hungría y Checoslovaquia avanzan hacia su integración en la Comunidad Europea (CE) e incluso llaman a las puertas de la OTAN.

Lo más importante de todo es que la propia Unión Soviética se ha derrumbado y Eurasia central es ahora un vacío geopolítico. El antiguo ejército soviético se está desmovilizando y está desmoralizado. Los países bálticos son libres, Ucrania está consolidando su condición de Estado independiente y otro tanto hacen las repúblicas de Asia central. Puede que también la propia unidad de Rusia se vea pronto en juego, porque las provincias del Lejano Oriente pueden verse tentadas, antes de que pase mucho tiempo, de establecer por su cuenta una república siberiana extremo-oriental separada. Lo cierto es que el destino económico e incluso político de lo que hasta no hace mucho era una superpotencia amenazadora está pasando ahora a la condición de receptor *de facto* de

Occidente. En lugar de la antes aclamada teoría de la “convergencia” de los dos sistemas en competición, la realidad es la conversión unilateral.

Es este un resultado no menos decisivo y no menos unilateral que la derrota de la Francia napoleónica en 1815 o el imperio alemán en 1918, o la de Alemania nazi y el Japón imperial en 1945. A diferencia de la Paz de Westfalia, que puso fin a la Guerra de los Treinta Años con un gran compromiso religioso, *cuius regio, cuius religio* no se aplica aquí. Antes bien, desde un punto de vista doctrinal, el resultado es más semejante a 1815 o a 1945: la ideología del lado derrotado ha quedado repudiada. En lo geopolítico, el resultado también recuerda a 1918: el imperio derrotado se halla en proceso de desmantelamiento.

Como en anteriores terminaciones de guerras, ha habido un momento de capitulación discernible, seguido de sacudimientos políticos posbélicos en el país derrotado. Ese momento ocurrió probablemente en París el 19 de noviembre de 1990. En un cónclave marcado por ostentosos despliegues de amistad destinados a enmascarar la realidad subyacente, el anterior dirigente soviético, Mijail Gorbachov, que dirigió a la Unión Soviética durante las fases finales de la guerra fría, aceptó las condiciones de los vencedores describiendo en un lenguaje velado y elegante la unificación de Alemania, que se había llevado a cabo totalmente según las condiciones occidentales, como un “gran acontecimiento”. Este fue el equivalente funcional de las actas de capitulación firmadas en el vagón de ferrocarril de Compiègne en 1918 o en el U.S.S. Missouri en agosto de 1945, aunque el mensaje fundamental se envolviera sutilmente en “amistad”.

Las derrotas tienden a ser desequilibradoras en lo político. No sólo los regímenes que pierden guerras suelen ser derrocados, sino que también los dirigentes que aceptan la necesidad de capitular son propensos a pagar el precio político. El régimen del Kaiser se derrumbó unos días después del 11 de noviembre de 1918, el Día del Armisticio. El dirigente soviético que había aceptado la derrota apenas disimulada de la Unión Soviética ha sido derrocado al cabo de un año. Aún más: el pasado doctrinal fue también formalmente condenado, se arrió oficialmente la bandera roja, la ideología y las características sistémicas del lado victorioso serían formalmente imitadas desde entonces. La guerra fría, verdaderamente, había terminado.

La cuestión crítica en la agenda de la historia ahora es esta: ¿qué clase de paz? ¿Con qué fin? ¿Sobre qué modelos anteriores de arreglos posbélicos? Pero antes de entrar en esos temas, es preciso aún examinar una segunda serie de cuestiones importantes, así como algunas subordinadas:

— ¿Cómo se desarrolló realmente la guerra fría? Más específicamente, ¿hubo fases discernibles en ella? ¿Qué lado se hallaba en la ofensiva y cuál en la defensiva, y cuándo?

— ¿Estaba predeterminado el desenlace? ¿Fue posible una victoria occidental anterior? Y, finalmente, ¿podría haber ganado la Unión Soviética y, en tal caso, cuándo?

Ambas series de preguntas no son sólo de interés histórico. Hay lecciones que extraer para la clase de relaciones que se pueden ahora fomentar en la nueva era de arreglos posbélicos, tanto de las equivocaciones como de los logros del pasado, y de la misma naturaleza de la propia gran competición.

Parece ahora claro que en la fase inicial de la guerra fría, que duró hasta después de la muerte de Stalin en marzo de 1953, ambos lados se veían impulsados más por el temor que por designios agresivos, pero cada uno de ellos consideraba al otro, ciertamente, decidido a la agresión. En realidad, *ambos* desmovilizaron considerablemente sus fuerzas, aunque el tradicional secreto estalinista que enmascaraba la desmovilización soviética alimentaba los temores occidentales a una posible arremetida convencional soviética hacia el Oeste llevada a cabo por un enorme ejército de tierra soviético que en la realidad ya no existía.

Es evidente ahora que para Stalin la preocupación principal era entonces conservar y digerir la principal de sus ganancias en la guerra: el control sobre Europa central —a la vez que evitaba un enfrentamiento prematuro con la potencia occidental emergente, América—. Sin duda alguna, también estaba motivado por la esperanza de que América se desvinculase de Europa, de ahí que aconsejase prudencia y paciencia a sus aliados revolucionarios, más radicales e impacientes, especialmente el mariscal Tito en Yugoslavia y Mao Zedong en China.

Stalin estaba convencido de que Occidente pretendería rebatir su supremacía en Europa central. Interpretaba las exigencias occidentales de que se celebraran elecciones democráticas como un esfuerzo para introducir caballos de Troya en su dominio. Veía en la introducción de la nueva moneda alemana occidental un esfuerzo deliberado por socavar su propia ocupación de Alemania oriental. A medida que se calentaba la guerra fría, se hacía cada vez más paranoico, incitando masivas purgas de sus propias élites comunistas satélites y cazas de brujas contra todas y cada una de las manifestaciones de pensamiento político independiente.

No significa esto que las intenciones de Stalin fueran totalmente defensivas. Más bien se puede pensar que Stalin tenía una apreciación realista de la correlación de fuerzas, que sabía como ganar tiempo y que quería primero consolidar sus ganancias antes de avanzar. Esperaba que,

al cabo del tiempo, con la ansiada retirada norteamericana de Europa continental, el dominio (y con él la victoria ideológica) fuera suyo. En una reveladora conversación mantenida en Potsdam, Stalin respondió a las felicitaciones de Churchill por la captura rusa de Berlín advirtiéndole ansiosamente que en 1815 Alejandro I había penetrado triunfalmente en París.

Durante esta primera fase, Occidente mantuvo también una postura defensiva. Occidente condenaba la subyugación soviética de Europa central, pero no la combatía. Entonces, el bloqueo de Berlín en 1947 se vio como el comienzo de un avance soviético hacia el Oeste, con el objetivo de expulsar a Occidente no sólo del propio Berlín sino de Alemania. La guerra de Corea se consideraba, como mínimo, una táctica divisoria, preliminar a un arreglo de cuentas definitivo en Europa, pero también como parte del esfuerzo por completar la expulsión de Estados Unidos del continente asiático y un esfuerzo para intimidar a Japón.

La respuesta de Occidente, y en especial de los norteamericanos, se mantuvo cautelosa en todo momento. La guerra preventiva contra la Unión Soviética no se consideraba en serio, a pesar del monopolio nuclear estadounidense. La “represalia masiva”, basada en la superioridad estratégica de Estados Unidos, era en realidad una doctrina defensiva. Al bloqueo de Berlín se contestó sólo indirectamente. No se atacó a China, a pesar de su masiva intervención en la guerra de Corea. Occidente, en lugar de ello, aumentó su insistencia en la integración política de sus antiguos enemigos, Alemania y Japón, que se recuperaban lentamente, y Estados Unidos asumió el compromiso explícito de mantener su presencia militar en los extremos occidental y oriental de Eurasia. La guerra de Corea demostró la resolución norteamericana de permanecer en la deshecha Corea y en Japón, mientras que la creación de la OTAN en 1949 representaba un vinculante matrimonio de seguridad entre Estados Unidos y la todavía débil Europa occidental. Así quedaron claramente trazadas las líneas. Duraron unos cuarenta años.

La muerte de Stalin puso fin a esta primera fase de la guerra fría. No sólo estaban ambos lados inclinados a una tregua, sino que Occidente parecía preparado para una ofensiva. El comedimiento norteamericano en la guerra de Corea se veía cada vez más sometido a tensiones, y la nueva Administración republicana sugería abiertamente que se podrían utilizar armas nucleares. Más importante era que el nuevo secretario de Estado, John Foster Dulles, había comprometido públicamente a Estados Unidos en una política de “liberación” de Europa central de la dominación soviética. Con la OTAN ya creada, con el rearme alemán sometido a consideración activa y con Estados Unidos proclamando perentoriamente

una estrategia de avance propia, el anuncio de la política de liberación parecía augurar una amplia ofensiva occidental en el frente central, resueltamente dirigida al sector más débil del enemigo.

La ofensiva no se materializó nunca. Las razones fueron fundamentalmente dos. La primera, que el lado norteamericano nunca se lo propuso del todo. La política de liberación era una ficción estratégica, creada en buena medida por razones política interiores. Cuando los estadistas de EE UU la tomaron en serio, produjo la intensificación de las emisiones de Radio Europa Libre a las naciones satélites, el aumento del respaldo financiero a las actividades políticas de los emigrados y la ampliación de las tentativas de apoyo a las organizaciones clandestinas antisoviéticas detrás del telón de acero. La política era fundamentalmente retórica y, cuando más, táctica.

Los aliados europeos de Estados Unidos, en cualquier caso, no sólo no asumieron jamás el concepto sino que, en realidad, estuvieron básicamente contra él. La vacuidad estratégica de la política de liberación quedó plenamente expuesta durante los dramáticos meses de octubre y noviembre de 1956, cuando los regímenes comunistas de Hungría y Polonia vacilaban y el régimen posestalinista de Moscú se quebraba en el temor y la incertidumbre. Estados Unidos no hizo nada para disuadir la eventual intervención soviética en Hungría, mientras la invasión anglo-francesa de Egipto indicaba que sus principales aliados tenían otras prioridades.

La otra razón de que nunca se consumara la ofensiva fue que los dirigentes posestalinistas soviéticos temían tanto que Occidente pudiera realmente intentar explotar las consecuencias de la muerte del tirano, que avanzaron inmediatamente hacia la difusión de las facetas más peligrosas de la guerra fría en curso. Uno de los principales aspirantes al manto de Stalin, el jefe de la policía secreta Lavrenti Beria, llegó incluso a acariciar la idea de la reunificación alemana (a cambio de su neutralidad). De haberse llevado esto a cabo habría significado una retirada sin precedentes de la potencia soviética. Los otros dirigentes soviéticos no estaban dispuestos a llegar tan lejos, pero sí que se esforzaron en facilitar el fin de la guerra de Corea, y dirigidos por el dúo cómico Nikita Jruschov y Nikolai Bulganin, abrazaron ansiosamente el “espíritu de Ginebra” que británicos y franceses (temerosos de la nueva retórica norteamericana) estaban promoviendo.

El intermedio no duró mucho. La ofensiva occidental dirigida por los norteamericanos que tanto temían los gobernantes posestalinistas nunca se materializó, al mismo tiempo que el espíritu de Ginebra también se desvaneció. Mientras tanto, los nuevos gobernantes soviéticos, cada vez

más consolidados bajo Jruschov, fueron recuperando gradualmente confianza en sí mismos y comenzaron a trazar una estrategia nueva y total, destinada a quebrantar la contención eurasiática que Occidente había formado. Esa estrategia se había de basar en tres elementos: aumento de la potencia estratégica soviética, que estaba comenzando a ser neutralizada por el disuasor norteamericano; vitalidad económica soviética que, según esperaba Moscú, comenzaría pronto a alcanzar la potencia industrial de Estados Unidos y se convertiría en un imán ideológico para los países en desarrollo, y la promoción de las luchas de “liberación nacional” en todo el mundo, con lo que se forjaría una alianza *de fado* entre el Tercer Mundo recién emancipado y el bloque dirigido por los soviéticos.

La Unión Soviética pasó entonces a la ofensiva. Eurasia era aún la apuesta principal, pero ya no el frente principal. La contención había de ser derrotada por el cerco envolvente. Como no podía ser taladrada sin una guerra en el centro, la envolvería. La victoria llegaría hacia 1980, más o menos. Esta fecha objetivo se postuló con extraordinario optimismo –y se apoyó con masivas estadísticas– en el nuevo programa del PCUS proclamado por Jruschov en 1962. Para aquella fecha no sólo superaría la Unión Soviética a Estados Unidos en lo económico, sino que el mundo comunista, en su totalidad, había de llegar a ser más fuerte en ese aspecto que el mundo capitalista. En aquel punto la balanza de la historia cambiaría de inclinación.

Esta segunda gran fase, con sus variados altibajos, incluidos algunos reveses soviéticos, duró casi veinte años, desde finales de los años cincuenta a finales de los setenta. Aunque hubo breves períodos de firmeza táctica occidental así como “alto el fuego” ocasionales, la guerra fría, en el nivel geoestratégico durante esta fase, se caracterizó por la posición ofensiva soviética. La señalaron fanfarronas afirmaciones de la superioridad en cohetes de los soviéticos, la expansión de la influencia político-militar soviética en Oriente Próximo y la fructífera adquisición de la base, sumamente simbólica pero potencialmente importante en lo estratégico, de Cuba. Incluso trajo consigo dos breves pero peligrosas confrontaciones norteamericano-soviéticas, una en Berlín y la otra en Cuba, precipitadas ambas por la agresividad soviética.

A pesar de la opinión dominante en aquella época de que estos dos peligrosos choques concluyeron en victorias de EE UU, los éxitos americanos fueron en gran parte tácticos, mientras que las ganancias soviéticas fueron más estratégicas. La construcción no impugnada del muro de Berlín consolidó el control soviético sobre Alemania oriental –con lo que terminaron los temores soviéticos de subversión occidental sobre

su dominio en Europa central—, al tiempo que la retirada de los misiles soviéticos de Cuba fue comprada por la Administración Kennedy con una garantía general de continuación de la existencia del régimen prosoviético cubano. En realidad, consiguieron obtener la inmunidad para una base avanzada soviética de importancia geopolítica con desafío de la línea trazada por la que antes fue la inviolable doctrina Monroe.

A pesar de la caída de Jruschov en 1964, el empuje fundamental de la estrategia soviética se mantuvo bajo el régimen, menos colorido y más burocrático, de Brézhnev. La acumulación de armas estratégicas continuó durante las dos décadas siguientes, imponiendo tensiones tan enormes sobre la economía soviética que, al final, invalidó el objetivo (en todo caso falto de realismo) de sobrepasar a Estados Unidos en el ámbito económico. Del mismo modo se mantuvieron los esfuerzos por expandir el papel soviético en el Tercer Mundo, perforando con ello la contención occidental dentro de Eurasia, a pesar de ciertas acomodaciones tácticas con las administraciones de Johnson y Nixon, abrumadas por la guerra de Vietnam y ansiosas de alguna tregua en la guerra fría.

Las acomodaciones norteamericano-soviéticas quedaron, sin embargo, confinadas a sólo dos áreas: algunos modestos progresos en las negociaciones sobre control de armamentos y alguna relajación de las tensiones en Europa. Pero, aunque continuaron la expansión soviética en el Tercer Mundo y la acumulación de armas estratégicas, incluso aquellos limitados progresos llevaron en varias ocasiones a Occidente a proclamar el prematuro fin de la guerra fría. A finales de los años sesenta y comienzo de los setenta, *detente* se convirtió en un concepto de moda, “más allá de la guerra fría” era frecuente título para comentarios periodísticos e incluso un presidente de Estados Unidos anunció a comienzos de los setenta que se había llegado a “una generación de paz”.

Durante esta fase de la competición, los aliados europeos de Estados Unidos, totalmente recuperados por la contención fundada en la potencia norteamericana, tendían a actuar como si fueran cada vez más neutrales en la guerra fría mundial y estuvieran dispuestos a negociar ceses de hostilidades por separado en la propia Europa. Aunque esta postura no encontrara oposición formal en Estados Unidos, tendió a crear tensiones en la alianza, así como aperturas para la diplomacia soviética. Para mucha gente el eslogan “Europa hasta los Urales”, o el término *Ostpolitik* eran palabras clave de una posición europea independiente en críticas cuestiones Este-Oeste. La impopularidad de la guerra de Vietnam contribuyó a extender una sensación de aislamiento norteamericano y ello a su vez alimentó en Estados Unidos eslóganes que predicaban: “Vuelve a casa, América”.

El empuje ofensivo soviético alcanzó su apogeo en el decenio de 1970. El impulso soviético se combinaba con el cansancio norteamericano después de Vietnam y con la creciente ansia de *detente* occidental, hasta tal punto que Estados Unidos parecía dispuesto a poner fin a la guerra fría incluso sobre la base de aceptar la inferioridad estratégica. El brillante golpe del presidente Nixon con la apertura de relaciones norteamericano-chinas alteró el contexto geoestratégico, pero no pudo compensar la disensión y la desmoralización internas del país. Esta situación impulsó al secretario de Estado Henry Kissinger –inclinado de por sí al pesimismo histórico– a buscar diligentemente una acomodación modelada sobre la Paz de Westfalia: cada lado mantendría su reino geopolítico e ideológico. El arreglo se estabilizaría mediante una nueva insistencia en el control de armas, con lo que se frenaría la masiva acumulación nuclear soviética, pero al precio incluso de aceptar (en el acuerdo SALT I) la superioridad estratégica soviética.

La ofensiva mundial soviética continuó sin tregua durante la segunda mitad de los setenta. Ya no disuadidos en lo político por la potencia estratégica de Estados Unidos, los soviéticos desplegaron tropas en Vietnam, Etiopía, Yemen y Cuba, por no mencionar el Oriente Próximo, fundamental en lo geopolítico, mientras sus vicarios militares eran activos en Mozambique, Angola y otros lugares. La acumulación nuclear soviética alcanzó proporciones sin precedentes y verdaderamente amenazadoras. El despliegue de los SS-20, apuntados hacia Europa occidental y Japón, estaban específicamente destinados a la intimidación. Por primera vez en toda la guerra fría, la Unión Soviética parecía estar dispuesta auténticamente a dictar el desenlace, tanto por su cerco envolvente como incluso quizá en el frente central.

Pero el autoengaño se mantenía en las capitales occidentales y en Washington. Los dirigentes franceses y alemanes competían en cortejar a Brézhnev y en cantar sus virtudes. Al presidente Carter le indicaban algunos de sus máximos asociados que él y Brézhnev “compartían las mismas aspiraciones” y propugnaban la elevación del control de armamentos a la condición de Santo Grial, la solución de la lucha ideológica y geopolítica general. Según esa teoría, no sólo se excluía dogmáticamente cualquier encadenamiento entre las negociaciones sobre control de armamentos y la mala conducta soviética, sino que incluso se consideraba a los soviéticos con derecho a ejercer un encadenamiento “negativo”, es decir, que tenían el derecho a ver como una obstrucción al control de armamentos las políticas norteamericanas que les desagradaban (por ejemplo, cualquier potenciación estratégica de las

relaciones norteamericano-chinas). La *detente* llegó a considerarse como un fin en sí misma.

Parecía llegado el momento para un giro histórico, pero éste no se produjo. En lugar de ello, aquella dramática inversión sólo fue cobrando forma gradualmente, se expandió y con el tiempo produjo un resultado más allá de las esperanzas más exageradas de incluso los pocos optimistas históricos que persistían en la convicción de que el empuje soviético, si se le hacía frente, podría detenerse y que, una vez detenido, podría invertirse. Como a menudo en la historia, ocurrió esto por diversidad de razones, que van desde el desatino humano hasta la suerte. Lo más importante de todo quizá fueron los errores y desaciertos de los propios soviéticos. Juzgando mal la situación histórica, llevaron su empuje más allá de los límites de tolerancia de incluso los elementos más acomodaticios de Occidente, al tiempo que forzaron los recursos internos soviéticos hasta un punto en que las debilidades y la corrupción inherentes al sistema soviético alcanzaron dimensiones dinámicas. En una palabra, su conducta encajaba bien en el concepto de Paul Kennedy de “superextensión imperial”.

El resultado fue la fase final de la guerra fría, que va aproximadamente desde 1979 a 1991. Se caracterizó por la gradual recuperación occidental de la iniciativa ideológica, por la erupción de una crisis filosófica y política en el campo adversario y por el empuje final y decisivo de Estados Unidos en la carrera de armamentos. Esta fase duró algo más de un decenio. Su resultado fue la victoria.

Este dramático giro histórico fue precipitado por tres casos críticos de superextensión soviética. En lo geopolítico, la invasión soviética de Afganistán en diciembre de 1979 –emprendida aparentemente con la presunción de que Estados Unidos no reaccionaría– impulsó a Washington a adoptar por primera vez durante la totalidad de la guerra fría una política de apoyo directo a acciones encaminadas a dar muerte a soldados soviéticos. La Administración Carter no sólo tomó a su cargo inmediatamente el apoyo a los *mujahedín*, sino que también discretamente montó una coalición que abarcaba a Pakistán, China, Arabia Saudí, Egipto y Gran Bretaña en beneficio de la resistencia afgana. Igualmente importante fue la garantía pública norteamericana de la seguridad de Pakistán frente a cualquier ataque soviético de consideración, con lo que creó un santuario para los guerrilleros. Las dimensiones y la calidad del apoyo de Estados Unidos se ampliaron constantemente durante los años ochenta bajo las subsiguientes administraciones de Ronald Reagan. Estados Unidos –junto con Pakistán, que representó un

papel valeroso y decisivo en el esfuerzo— consiguió así atascar a la Unión Soviética en su propio equivalente de Vietnam.

Además, minada la influencia de la escuela de pensamiento acomodacionista por la agresividad soviética, Estados Unidos amplió cualitativamente sus relaciones con China. Ya a comienzos de los años ochenta, la cooperación norteamericano-china asumió una dimensión estratégica más directa, con compromisos en puntos delicados, no sólo con respecto a Afganistán sino en otras cuestiones. De este modo, la Unión Soviética se enfrentó con la creciente amenaza geopolítica de un contra-cerco.

Además, la Administración Cárter inició la creación de una Fuerza de Despliegue Rápido y, cosa de la máxima importancia, se tomó la decisión, junto a los aliados más destacados de la OTAN, de neutralizar los despliegues de los SS-20 soviéticos con nuevos misiles de alcance intermedio sumamente certeros situados sobre suelo europeo. Esto último provocó una vigorosa campaña soviética de intimidación dirigida a Europa, a la que se advirtió explícitamente (en palabras del ministro de Asuntos Exteriores, Andréi Gromiko) que podría sufrir el destino de Pompeya a menos que el vínculo de seguridad atlántico se aflojara considerablemente. Sin embargo, los aliados europeos de Estados Unidos se mantuvieron firmes, animados por los tonos cada vez más perentorios que emanaban de Washington y por la aceleración del desarrollo del armamento defensivo adoptada por la Administración Reagan.

La masiva acumulación defensiva norteamericana de comienzos de los años ochenta —incluida la decisión de seguir adelante con la Iniciativa de Defensa Estratégica— conmocionó a los soviéticos y luego agotó sus recursos. En dimensiones, empuje y osadía tecnológica era totalmente inesperada en Moscú. Para 1983, un verdadero pánico de guerra comenzó a desarrollarse en el Kremlin, donde se consideraba a Estados Unidos propenso quizá incluso a una solución militar. Y luego, a mediados del decenio, los dirigentes soviéticos se dieron cuenta que no podían neutralizar y ni siquiera mantenerse a la altura de los esfuerzos norteamericanos.

Esta toma de conciencia se entrelazó dinámicamente con la tercera inversión, en los planos ideológico y social. En la segunda mitad de los años setenta, el presidente Cárter lanzó su campaña de derechos humanos. Dentro de la Europa oriental controlada por los soviéticos y luego dentro de la propia Unión Soviética, dio ánimo primero a unos pocos individuos, luego a grupos más grandes, para que recogieran el estandarte de los derechos humanos, contando con el apoyo moral e incluso político de Occidente. La lucha por los derechos humanos se expandió, especialmente en Polonia, galvanizada por la elección en Roma del primer

Papa polaco. A finales de los años setenta, el movimiento de masas de Solidaridad comenzaba a amenazar al régimen comunista del más importante satélite europeo de la Unión Soviética.

Los soviéticos estuvieron listos para intervenir militarmente en Polonia, primero en diciembre de 1980 y luego otra vez en marzo de 1981. En ambos casos, dos sucesivas Administraciones de Estados Unidos pusieron en claro, a través de indicaciones directas e indirectas, que semejante intervención produciría graves consecuencias, mensaje que, mientras tanto, se hacía más creíble por el apoyo de Estados Unidos a la resistencia afgana. En estas circunstancias, los jefes del Kremlin prefirieron confiar en una imposición, sólo parcialmente efectiva, de la ley marcial por los propios comunistas polacos. El resultado fue que la crisis polaca se encontró a través del decenio, no sólo socavando progresivamente el régimen comunista polaco, sino infectando gradualmente otros Estados Este-europeos.

La campaña de derechos humanos y la potenciación de armamentos se convirtieron así en las puntas centrales, mutuamente reforzadoras, de una respuesta norteamericana que no sólo embotó la ofensiva soviética, sino que también intensificó la crisis del propio sistema político y socioeconómico soviético. El poderío físico y los principios morales se combinaron para invertir el impulso soviético. Ninguno de ellos por sí solo habría bastado.

A mediados de los años ochenta, había llegado al poder una nueva y más joven generación dirigente soviética. Imbuido de la conciencia de que la política soviética, tanto interior como exterior, era un fracaso, Moscú estaba determinado a reparar el sistema comunista mediante reformas enérgicas y a colocar a sus regímenes satélites sobre una base más aceptable para su población. Para hacerlo necesitaba un período de tregua. Estos dirigentes soviéticos aferraron así con ansia la rama de olivo extendida por la Administración Reagan en 1985 –especialmente en relación con la conferencia cumbre de diciembre de 1985 en Ginebra–, con la esperanza de obtener un alivio en la carrera de armamentos.

El pasado reciente está aún fresco en nuestras memorias. Las reformas internas, llevadas a cabo sin ton ni son, no revitalizaron el sistema soviético, sino que sólo llevaron a la superficie sus hipocresías y debilidades. La carrera de armamentos había agotado la economía soviética, al tiempo que refutaba sus esperanzas ideológicas. El fracaso en su intento de aplastar el movimiento clandestino de Solidaridad en Polonia obligó gradualmente al régimen comunista polaco a un compromiso que rápidamente se convirtió en una progresiva concesión de poder, con contagiosos efectos sobre los satélites vecinos. La buena

voluntad de Gorbachov para tolerar lo que él pensaba que serían cambios limitados en Europa centro-oriental –a fin de ganar un respiro para sus reformas internas– precipitó no la aparición de dirigentes comunistas reformistas y con mayor apoyo popular, sino, a la larga, el desplome de los sistemas comunistas en su totalidad.

En 1989 la alternativa que le quedaba a Moscú era, o bien un esfuerzo agonizante para reimponer su Gobierno mediante un masivo baño de sangre –que no sólo podría haber precipitado violentas explosiones interiores o exteriores, sino, con toda probabilidad, una intensificación de la carrera de armamentos y la hostilidad con Estados Unidos–, o bien la aquiescencia. La dirección reformista de Gorbachov –elogiado, cortejado e incluso sobornado por Occidente, y en las fases finales hábilmente manipulado personalmente por el presidente Bush y el canciller alemán, Helmut Kohl– eligió el segundo camino. El resultado fue el caos en Europa centro-oriental y luego la capitulación.

¿Podría haber sido distinto el resultado? ¿Y cuál sería el futuro en función del pasado?

Occidente podría quizá haber ganado antes, pero a un coste más elevado, con un riesgo de guerra mayor. La oportunidad clave para Occidente se presentó en el período 1953-1956. Una elasticidad mayor occidental en 1953 podría haber facilitado la retirada soviética de Alemania. Pero casi con seguridad el Kremlin habría utilizado el ejército soviético para mantener su dominio sobre Varsovia y Praga, mientras que en Occidente la neutralización de Alemania podría haber impedido el establecimiento de los vinculantes lazos de la OTAN entre América y Europa. Por el contrario, una mayor dureza de Occidente en 1956 –que todavía era un momento de decisiva superioridad estratégica norteamericana– podría haber forzado a la Unión Soviética a salir de Hungría y Polonia. Los regímenes comunistas de aquellos países se desmoronaban, y los propios dirigentes soviéticos se hallaban en un estado de pánico.

Sin embargo, la guerra fría no había concluido. El comunismo no estaba maduro para el derrumbamiento en la propia Rusia, y en la escala mundial el impulso ideológico del comunismo estaba lejos de agotarse. Los movimientos comunistas eran fuertes incluso en Europa occidental, y la ola comunista en el Lejano Oriente se hallaba aún llegando a su cresta. De modo que cualquier tregua en la guerra fría sólo habría sido temporal. Además, no se puede excluir la posibilidad de que en aquellas circunstancias una guerra por lo menos convencional surgiera en Europa central.

La otra oportunidad de poner fin a la guerra fría puede que se diera a comienzos de los años setenta, sobre la base de lo que podría llamarse “la

fórmula de la paz de Westfalia”. Pero ambos lados habrían tenido que aceptar entonces como fijo el *statu quo* de Europa. Occidente parecía dispuesto a hacerlo. Sin embargo, a mediados de los setenta, los soviéticos se creían impulsados por una ola histórica. Por lo tanto, Moscú quería el *statu quo* en Europa además de la aquiescencia norteamericana para continuar la expansión mundial soviética y para un gradual desplazamiento de “la correlación de fuerzas”. En realidad, cualquier aceptación del *statu quo* europeo habría sido para los soviéticos un mero recurso temporal.

Esa es la razón de que sea históricamente importante reiterar aquí el hecho de que al Kremlin de ninguna manera se le habría propiciado con el control de armamentos ni con la aceptación occidental de la existente división de Europa. La guerra fría terminó finalmente porque Occidente consiguió combinar una firme contención con una activa ofensiva sobre los derechos humanos y una potenciación de su armamento estratégico, al mismo tiempo que ayudaba a la resistencia en Afganistán y Polonia.

Se puede defender con más plausibilidad la idea de que Occidente podría haberse ahorrado un decenio aproximadamente si hubiera adoptado antes una postura ideológica y estratégica ofensiva. Pero en la vida real, a las democracias no les es posible adoptar una estrategia de avanzada, que requiere una movilización filosófica y militar, sin que haya previamente una provocación avasallante y verdaderamente amenazadora del otro lado. Esa provocación era aparente para algunos en los años setenta; para la mayoría de los norteamericanos y europeos se hizo evidente sólo en los primeros años ochenta, tras las descaradas amenazas de los SS-20 soviéticos, la invasión de Afganistán y la supresión del movimiento Solidaridad de Polonia.

A lo largo de la guerra fría, fue Estados Unidos quien llevó la mayor parte de la carga y desplegó la más firme voluntad de persistir. Los aliados de Estados Unidos fueron por lo general firmes en los momentos críticos, pero en otras ocasiones se sintieron más tentados a llegar a un acuerdo de compromiso. Fue Estados Unidos quien sostuvo los esfuerzos en gran escala –especialmente por medio de la radio– para traspasar el telón de acero, y fue Estados Unidos quien en las últimas fases de la guerra fría apoyó muy directamente a la resistencia en Afganistán y a la clandestinidad en Polonia, al tiempo que intimidaba a Moscú con su acelerado desarrollo estratégico. Y fue Estados Unidos quien a lo largo de la guerra fría mantuvo la disuasión frente a la potencia soviética con una postura y una dirección que, en su conjunto, fueron notablemente consecuentes.

En ese sentido, el crédito histórico por haber dado forma a la estrategia vencedora y por haber forjado la coalición victoriosa debe recaer en un hombre sobre todo: Harry Truman. Comprometió a Estados Unidos porque comprendió lo que se jugaba. Eisenhower construyó entonces sobre Truman en lo que se refiere a la OTAN; Cáster construyó sobre Nixon en lo que se refiere a China; Bush construyó sobre Reagan en lo que se refiere a la carrera de armamentos. La política norteamericana puede no haber sido brillante y en ocasiones fue en exceso defensiva, pero fue firme. Permaneció también tácticamente enfocada hacia el eslabón más débil del “frente” soviético: Europa centro-oriental. Desde los años sesenta en adelante, Estados Unidos buscó constantemente, de forma abierta u oculta, una suavización del control soviético sobre la zona con una política de enfrentamiento pacífico, cuyos beneficios llegaron finalmente en los años ochenta.

Por el contrario, a la política soviética le faltó consistencia. Con la excepción del propio Stalin, los dirigentes soviéticos demostraron ser menos firmes e inferiores en su operatividad que los de Estados Unidos. Stalin fue el gran calculador, que administraba cuidadosamente sus recursos y devoraba a sus enemigos, al tiempo que lanzaba *bluffs* cautelosamente a fin de esconder las debilidades de su sistema. Pero incluso él cometió un error fundamental e históricamente decisivo: su brutal política en Europa centro-oriental unió a Occidente, y esa unidad evitó el alejamiento norteamericano de Europa. Una vez claro esto, ya no fue posible una victoria soviética conclusiva.

Los sucesores de Stalin fueron de segunda categoría. Jruschov fue un maestro de las improvisaciones y los arreglos con sus presiones y sus posturas, creador de la ilusión de un impulso histórico en un momento de indecisión occidental. Pero no pudo conseguir un avance definitivo, aunque llevó a ambos lados peligrosamente cerca de una colisión militar en un momento aún de relativa inferioridad soviética. El oscuro Brézhnev planteó una amenaza mayor, con su constante aumento de la potencia estratégica soviética, pero no sabía cuándo explotar ese poder para obtener ganancias políticas. Si Breznev hubiera sido más imaginativo, se habría aprovechado del realismo de Nixon para lograr una ventajosa paz de Westfalia o de la buena voluntad del presidente norteamericano a fines de los setenta y de la ingenuidad de algunos de sus consejeros para concluir una acomodación incluso más beneficiosa. En lugar de ello, Brézhnev prosiguió la política de cerco mundial, con algunos éxitos periféricos, pero sin ruptura en el frente central.

El último dirigente soviético, Gorbachov, puede considerarse operativamente el “gran desacertado”, e históricamente una figura trágica.

Pensaba que podría revitalizar la economía soviética que Brézhnev, con sus gastos militares, había arruinado, pero no sabía cómo. Pensaba que podría conseguir una amplia *detente* con Occidente/pero subestimó los corrosivos efectos de la guerra en Afganistán y de la supervivencia del movimiento Solidaridad en Polonia. Los intentos de acomodación entre el Este y el Oeste, en lugar de estabilizar la gobernación soviética en Europa centro-oriental, le estallaron en la cara, especialmente cuando se disiparon los temores de intervención soviética en vista de la devoción de Gorbachov hacia Occidente y los fracasos militares soviéticos en Afganistán.

¿Podrían haber ganado los soviéticos la guerra fría? El resultado final fue producto de factores objetivos y subjetivos, y en ambos extremos resultó que el lado soviético se hallaba en desventaja. El sistema socioeconómico occidental demostró ser mucho más fuerte y sus ideas de base mucho más atrayentes en definitiva. En efecto, a pesar de algunas ilusiones propagadas por Jruschov, la Unión Soviética se vio obligada a jugar de “zaguera” en toda la guerra fría.

En resumen, pues, hay que decir que nunca hubo posibilidades de una victoria completa de la Unión Soviética, excepto en un período muy breve inmediatamente después de la Segunda Guerra mundial. Si Estados Unidos se hubiera retirado, el desenlace habría sido muy diferente. Pero esa alternativa desapareció muy pronto. Por consiguiente, el Kremlin podría haber intentado y quizá obtenido algunos arreglos favorables que le habrían servido de plataformas de lanzamiento para ulteriores ofensivas, pero sus jefes no supieron explotar las ocasionales oportunidades. Estas llamaron a las puertas de la historia a comienzos de los años cincuenta y más incluso en los años setenta. Por último, las grandes dimensiones de la derrota final a fines de los ochenta podrían también haber quedado minimizadas si el Gobierno de Gorbachóv hubiera sido más hábil en la gestión de sus reformas interiores y se hubiera movido con más rapidez a mediados de los ochenta para resolver los problemas afgano y polaco.

¿Cuál debería ser ahora el objetivo estratégico principal de Occidente hacia su antiguo rival de la guerra fría?

El punto de partida para una respuesta sensata es reconocer que, desde un punto de vista histórico, el hundimiento de la Unión Soviética, que duró unos setenta años, queda muy empequeñecido por la desintegración del gran imperio ruso, que duró más de trescientos años. Este es un acontecimiento de verdadera magnitud histórica, cargado de incertidumbres geopolíticas. Pasarán muchos años antes de que el polvo se pose al fin, pero ya está claro que la transición poscomunista en el antiguo imperio será más difícil y mucho más prolongada que la reconstrucción democrática de Alemania o de Japón después de 1945.

Occidente debe apoyar esa transición con la misma dedicación y magnanimidad con que Estados Unidos actuó después de la victoria de 1945. Esa dedicación, sin embargo, debe estar guiada por una idea geopolítica de mayor amplitud que va más allá de la concentración ahora unilateral de Occidente para facilitar la recuperación socioeconómica de Rusia. Aunque esa recuperación es deseable, debe verse su consecución como parte de un esfuerzo más amplio destinado al logro de dos objetivos interrelacionados: el nacimiento de una Rusia verdaderamente posimperial que pueda asumir su lugar adecuado en el concierto de las más destacadas naciones democráticas del mundo, y la consolidación estable de los Estados no rusos de nueva independencia, algunos de los cuales se hallan sólo en las primeras fases de su propia construcción nacional, a fin de crear un contexto geopolítico duradero que por sí mismo refuerce la transformación de Rusia en un Estado posimperial. Cada uno de los anteriores objetivos depende de los demás, y por consiguiente hay que procurar ambos de modo deliberado.

Cualquier ambigüedad occidental en este aspecto demostraría ser miopía histórica. Del mismo modo que habría sido una equivocación histórica conformarse con menos de la liberación de Europa centro-oriental del dominio de Moscú, también ahora un programa de recuperación de la economía rusa que no tuviera por objeto al mismo tiempo la transformación de Rusia en un Estado posimperial resultaría efímero. En consecuencia, cualquier intento ruso de aislar y llegar con el tiempo a subordinar de nuevo a Ucrania mediante el mantenimiento, por ejemplo, de una avanzada controlada por Moscú en Crimea, o el retraso de la evacuación de las tropas rusas de las repúblicas bálticas, deberían considerarse sin ambigüedades como obstáculos para una ayuda financiera y económica efectiva.

Sin embargo, también es esencial proporcionar a Rusia una alternativa sustancial a su prolongada condición imperial, y esa debe ser una oferta de asociación con Occidente. Occidente tiene razón al insistir en que ve el futuro destino de Rusia como miembro importante del concierto europeo de naciones y como uno de los socios de Estados Unidos en el tratamiento de los problemas más importantes del mundo. Pero para convertirse en un miembro tal, la transformación de Rusia requiere –como antes en los casos de Alemania y Japón– que se desprenda de sus aspiraciones imperiales.

Como en la práctica cualquier asociación formal de Rusia con Europa está todavía muy lejos, hay que estudiar hoy la creación de formas intermedias de participación con Europa. Un paso de este género representaría el apoyo occidental a una zona entre el mar Báltico y el mar Negro de

cooperación ampliada. Esto implicaría a los países de Europa central que se están asociando ya con la CE en un esfuerzo común con Rusia, los Estados bálticos, Ucrania y Bielorrusia para potenciar sus comunicaciones, transportes y, con el tiempo, libre comercio. Kaliningrado, aunque perteneciera políticamente a Rusia, podría también convertirse en una zona de libre comercio europeo. El reciente acuerdo entre Bielorrusia y Polonia para el uso por aquel país del puerto polaco de Gdynia es una señal de que la cooperación regional de Europa central podría extenderse hacia el Este. No hay que hacer sentir a Rusia que un nuevo *cordón sanitaire* le separa de Occidente.

Todo lo anterior se debe apoyar en el sostenido esfuerzo occidental por promover la construcción de naciones en el antiguo imperio soviético. Por encima de todo, es esencial en lo geopolítico que Ucrania consiga estabilizarse como Estado seguro e independiente. Esto aumentaría automáticamente las probabilidades de evolución de Rusia como Estado posimperial democratizante y crecientemente europeo. En consecuencia, un elemento crítico de la estrategia occidental tiene que ser el deliberado esfuerzo –no sólo económico, sino político– por consolidar una Ucrania estable y soberana. En otros lugares del antiguo imperio el proceso de construcción nacional es probable que sea incluso más complejo que en Ucrania, y sin embargo también tendrá que ser simultáneamente apoyado con la propia transformación socioeconómica poscomunista.

Esa transformación socioeconómica será larga y penosa. Occidente, en su oferta de ayuda y consejo, debe procurar no sustituir los viejos dogmas comunistas por nuevos dogmas propios respecto a la aplicación de las prácticas capitalistas. Cualquier intento de crear simultáneamente una economía de mercado libre y una democracia política que no procure cuidadosamente minimizar los sufrimientos sociales de la necesaria transición podría precipitar una destructiva colisión entre estos dos objetivos. Esta colisión podría entonces desacreditar ambos objetivos a los ojos de los pueblos afectados y acrecentar el atractivo de algunas nuevas doctrinas escapistas.

Las secuelas de la guerra fría plantean, pues, una agenda a Occidente que es verdaderamente intimidante. Su esencia es garantizar que la desintegración de la Unión Soviética se convierta en la terminación pacífica y duradera del imperio ruso, y que el hundimiento del comunismo signifique verdaderamente el fin de la fase utópica de la historia política moderna. Pero estos grandes objetivos sólo se conseguirán si Occidente demuestra una firme capacidad estratégica enfocada hacia lúcidos propósitos geopolíticos, y no sólo hacia fines socioeconómicos estrechos o vagamente idealistas.